

# CUENTOS FINLANDESES



**...de un cordobés de las Sierras de Jaén.**

**RELATOS DE JUAN MUÑOZ.**

**CUENTOS FINLANDESES DE UN CORDOBÉS DE  
LAS SIERRAS DE JAÉN.**

**RELATOS DE JUAN MUÑOZ.  
CASTILLO DE LOCUBÍN, 2014.**

## Índice

## página

<b>A modo de prólogo:fácil de encontrar ,imposible de olvidar...</b>	<b>2</b>
<b>Secuelas del SF.....</b>	<b>5</b>
<b>El Pacto.....</b>	<b>7</b>
<b>Hasta el infinito y todavía más allá.....</b>	<b>13</b>
<b>Los cisnes de Lietzensee.....</b>	<b>23</b>
<b>El paraguas de Minkiö.....</b>	<b>29</b>
<b>Yo sé que volverás.....</b>	<b>35</b>

## **A modo de prólogo: fácil de encontrar, imposible de olvidar.**

Han pasado quince años desde aquella primavera de Berlín, que, si bien a algunos se les puso entre ceja y ceja que nunca debió ocurrir, sí aconteció, marcando un “antes” y un “después” en mi trayectoria. En todos los sentidos. Era joven, con bien poco bagaje y aún menos picardía. Me abría a la vida, y en aquel momento, no podía imaginar que, a día de hoy, ya peinando algunas canas, estaría contando una recreación, con sus correspondientes secuelas literarias,-reales o no- de un hecho que me marcó de tal manera que ha supuesto una fuente principal de mi inspiración desde entonces.

Quién sabe si, de haber ido de otro modo, estaría escribiendo así, o me habría orientado por otro camino. O, tal vez ya tendría escrito todo lo que tenía que plasmar negro sobre blanco. A mano, a máquina, o a ordenador. Pero lo cierto es que en esta mañana en la que en los cerezos de la huerta de La Meloja que me rodea, cantan dos pichirrubios, sigo meditando si hice bien en no olvidar aquella historia. Creo que no fui el que más se equivocó. Ni el único. Mas, si estaba escrito en algún sitio que aquella breve conversación en aquel césped del “*campus*” berlinés de Dahlem tuviera como postrera consecuencia este florilegio de historias, no menos poemas y aún otros textos que, tal vez nunca deban salir de un cajón, está claro que no fue en balde y mereció la pena.

Muchas veces, a lo largo de estos tres lustros, he reconocido que, en efecto, fui alumno *Erasmus*. Unas polémicas declaraciones de un ministro de Educación al que, con bastantes pruebas, se puede calificar de *indigno mercenario al que, de haber estado en mi mano, no hubiera nombrado ni siquiera bedel*, me hicieron saltar de mi asiento, cuando algunas partes de esta obra, no solo ya estaban escritas, sino publicadas o insertas en distintos concursos literarios: yo no fui el típico *Erasmus* español, harto conocido hasta en la más mediocre universidad de allende los Pirineos. No. Disponiendo siempre de la beca MEC, por tres veces había intentado irme de *Erasmus*. En la última intentona lo conseguí, aunque pude haberme quedado en tierra hasta el día antes de subirme al avión en Sevilla, por “*esas cosas de algunos despachos*”. Dejémoslo ahí. Ya tuve ocasión de explicarlo en la Red, a cuenta de esos *Erasmus* vivalavirgen, que con distintas venias, empalman tres, cuatro ó cinco años por Europa, sin beca MEC, sin sacar título y sin porvenir preclaro. No. Ese no fui yo. En Berlín conocí a más de uno, de dos y de veinte que lo eran. Y otros, más o menos como yo. Tampoco muchos. Lo cierto fue que, desde luego, el año me fue provechoso: aprendí un idioma, el alemán, mejoraron mis conocimientos y técnicas de investigación-de hecho, se me dejó investigar en serio, no para engordar las bases de datos o los archivos de otros-, y acabé deseando que aquellos días no se terminaran. Sobre todo a partir de la última semana de abril de aquel 1999 que se nos antoja lejano.

De no haber existido quien me inspiró tanto, pese a su frialdad e indiferencia, cuando no desprecio y rechazo, es más que seguro que mi literatura no hubiera progresado nada. Así le dedicara, durante años, mis mejores horas de tiempo libre. Ni mis versos hubieran dado pasos hasta verse impresos. Desde luego, hubiera tardado mucho más tiempo en dejar de ser un “cyberanalfabeto”, e Internet y las Redes sociales hubieran tardado

muchísimo más tiempo en llegar a mi existencia. No debo significar a día de hoy nada para alguien que, sin embargo, ha supuesto una fuente de inspiración directa. Personas que te pueden suponer mucho en un momento puntual, pueden quedar en nada pasado ese instante. Pero en el momento en que han llegado, con el tiempo, a determinar muchas más decisiones, equivocadas o no, se convierten en jalones imborrables de unas epidermis mentales que, gradualmente se acrecientan y endurecen.

Más que probablemente, a las dos modelos de carne y hueso de las heroínas-o no- de estos breves relatos, cuyos nombres reales no se mencionan en ningún momento, nunca les llegue noticia de la existencia de este libro. Sin duda, el autor intentó ponerles en conocimiento de alguna parte del mismo: el silencio más absoluto ha sido la única respuesta. Para un hombre de fe, de valores, al que se le ha supuesto más de una vez, por esto mismo, un ser prescindible, no ha sido motivo para echar siete llaves al cajón de estos recuerdos. Al contrario. Ya solo espera la satisfacción de que estas historias alumbren alguna esperanza en el lector, con el que espera volver a encontrarse en nuevas ocasiones.

Porque , como le ocurre a este pueblo desde el que escribo estas líneas, hay personas, hay historias, hay realidades, fáciles de encontrar, imposibles de olvidar.

*Castillo de Locubín, abril de 2014.*



Solo una tierra fácil de encontrar y difícil de olvidar , podía inspirar que unas historias inspiradas en un hecho fácil de encontrar e imposible de olvidar, pudieran hacerse libro (Vista de la sierra del Ahílo y la vega del río San Juan desde la sierra de San Pedro).

## “Secuelas del SF”<sup>1</sup>

Recuerdo aquella última tarde que vi en los jardines del Ost-Europa Institut a H.. Recuerdo su mirada, sus ojos verdes como el mar, su cara de nácar y su sonrisa enigmática como la de la *Mona Lisa*. Jamás pude imaginar que sería la última vez que vería a la preciosa Venus del Báltico para el resto de mis días hasta hoy. Minutos después, en la estación del U1 de Oskar-Helene-Heim , vi por última vez su preciosa melena de fuego y su robusto cuerpo de amazona. Intenté localizarla por correo, incluso por internet. Sólo en mis sueños he podido volver a verla. Estaba en el salón de mi casa, sentado en la mesa camilla, vestida de negro sobre blanco. Yo acababa de levantarme y ella me riñó, aunque no entendí nada. Entonces supe que lo nuestro solo era un bonito recuerdo del ayer que ya nunca volverá. Han pasado ochocientos treinta y tres días desde aquella tarde de junio.

Ha pasado un año, más o menos, desde que soñé a H. en la mesa camilla. Como el Guadiana, su sombra, la de aquel amor no correspondido que yo sentí, tantas ilusiones ,esperanzas y sueños que han sido mi respiración asistida en momentos de crisis, ha vuelto a aflorar.

Estoy enfermo. Solo un milagro puede curarme.

*Córdoba, noviembre de 2001.*

---

<sup>1</sup> Surgido como un ejercicio de redacción cuando era profesor a domicilio, sin embargo, acabó publicado en la revista “Neurótica”, número 1, página 11, 2º trimestre de 2002. SF son las siglas del “Síndrome de Finlandia”.





¿Galicia? ¿El Pirineo? ¿Finlandia? No. La Acamuña, al sur de Castillo de Locubín.



## “El Pacto”

1.

Nunca pudieron imaginar que aquel trabajo sobre “La distribución de la comida congelada en Polonia , enfocando en las áreas de Varsovia y Cracovia” fuera a unirlos mucho más de lo previsto. Una, robusta, achaparrada, pelirroja teñida para ocultar el rubio casi albino de sus cabellos de ondina de los bosques. La otra, espigada, rubia y con un aspecto más frágil de lo que realmente era. H.J., la pelirroja, recia y contundente belleza fenoscándica, había dado algunos tumbos entre Hämeenlinä, Tampere y Turku. En cambio, M<sup>a</sup>.M., la aparentemente frágil rubia, era de la muy báltica, portuaria y bilingüe Åbo/Turku.

A las dos las juntó aquella comisión evaluadora de la prestigiosa TuKKK, que además, las animó a :

-....emplear su último semestre con el concurso de una beca “Erasmus” en el país más seguro que les pueda permitir realizar su trabajo final de carrera en condiciones.

Sin los papeleos e incertidumbres que otros,-a más de tres mil kilómetros de distancia-, habían vivido meses antes, cogieron aquel vuelo que las llevó de camino a la Roma del Norte, Berlín, un día de finales de abril de 1999. Por entonces , la otra cara de esta historia, se afanaba en ejercer de pinche en “El Borriquito” las tardes-noches de los lunes y los jueves, según demanda del patrón. Cualquier taxista de Berlín puede no saber otro idioma que el de Schiller o Lessing,-si acaso, más vulgar-, pero todos saben llevarte al emporio gastronómico de Wielandstraße, en el meollo de Charlottenburg, a dos pasos de la bohemia de Savigny-Platz y los teatros y tiendas de lujo del Ku´damm.

Aquellas dos ninfas bálticas, aquellas dos ondinas de los bosques cubiertos por la nieve y sumidos en la oscuridad por meses, aparecieron en el luminoso Berlín. Tenían a su favor el amparo de su idioma, que les otorgaba, fuera del círculo de sus compatriotas-unas gotas de aceite en el vaso de agua turbia del contingente “Erasmus” de la FU- un hermetismo que muchos hubieran querido para sí. Había que ser muy perspicaz para poder sacar su procedencia de entre el variopinto alumnado del campus de Dahlem-Zehlendorf-Grünewald.

Esa auténtica ciudad-jardín al suroeste de Berlín, en la que , más que los bosques, jardines y lagunas, los edificios son los que parecen sembrados sobre el paisaje desde más allá del “Stadtring” de Breitenbachplatz. El lugar de una historia en la que hay tres protagonistas, ni buenos , ni malos, que buscaban lo mejor para sí.

El Ost-Europa Institut, a la caída del Muro (y en particular sus secciones de Humanidades y Ciencias Sociales), se habían convertido en una oportunidad en plan

“Platanito” para *ossies* a los que se podía “reciclar” para redondear la jubilación, a través de todas esas jerarquías académicas traducibles como “consejero académico”, “profesor asistente supernumerario”, cuando no alguno de esos impenitentes “*honoris causa*” con ganas de seguir impartiendo sus lecciones magistrales, como esos reductos de escuelas historiográficas con olor a naftalina, pero que siguen teniendo sus adeptos. En torno a aquellas mesas puestas formando un gran rectángulo, confluyeron las dos princesas del Báltico y el pinche *part time* del “Borriquito”. *Frau Jutta*, por más de toda su corpulencia y rotundidad de alemana de otros tiempos, nunca pudo imaginarse que en torno a aquella mesa, bien pronto comenzaron a lanzarse insistentes miradas desde un lado al diametralmente opuesto. Miradas como saetas. El pinche ya se había inscrito, pero **algo diferente** había percibido en aquellas dos recién llegadas. No dudó en levantarse de nuevo y hacer que escribía de nuevo su nombre en el listado. “¿Quién es quién?” se estuvo preguntando al ver sus nombres y apellidos. Por más que corrió entre la barahúnda de muchachas de “primeros semestres”, no logró dar con la diana, pero ya no fue capaz de dormir. “Es la que busco, ni más ni menos”, pensó. Y toda su fe, y todas sus energías las puso en el martes siguiente de cuatro a seis.

Los martes de aquel *Sommersemester* de 1999, el pinche no era pinche, era estudiante. Y lo mismo, los miércoles y los jueves hasta las diez u once de la mañana. Ello no le eximía de tener que buscar horas para compaginar la redacción de sus trabajos, y aún así, soñar. Las dos bellezas bálticas, no tenían por qué dedicarse a tantos menesteres. Pero desde el último martes de abril, todo tenía otro color. Otro sabor, olor, tacto, gusto. Otro nombre y apellidos.

Aún sacando tiempo, aquel miércoles fue a “Beckmann 103”, a la *Stammtisch*. Allí estaba una menuda, rechoncha y simpática compatriota de H. y M<sup>a</sup>. , A., que chapurraba su lengua. Le dijo lo que necesitaba saber. No supo que ella misma, al cabo del día se lo dijo a H.:

-No sé quién es. Hay mucha gente con el pelo oscuro.

-Pues está loco por ti.

-Como si se quiere colgar de un árbol.

M<sup>a</sup>. M. sí se dio cuenta de un detalle en el siguiente martes. Al pinche, las clases de *Frau Jutta* le parecían como a Kafka los estudios de Derecho, “serrín rumiado mil veces antes, solo que en un alemán que ya medio entiendo, y sin *Sprachkurs*”. Así que, entre apunte y apunte, no dudó en observar atentamente a la chica del pelo de cobre y las pincitas a los lados de la cabeza. “Parece una diosa griega, sólo que en su versión báltica”, pensaba mientras, a boli iba abocetando y perfilando su rostro ovalado sobre aquellos folios. Como si se tratara al mismo tiempo, de amanuense e iluminador. Poco importaban las luchas entre bolcheviques y mencheviques, Trotsky, la Gran Purga o la Gran Guerra Patria. “Me sobro y me basto, que el baño que le voy a dar al chinchorro al que le ha tocado la Guerra Civil va a parecer la batalla del Ebro”, pensaba y no sin razón ( de hecho, así fue). El nivel del *Grundkurs* , por más del *savoir faire* de *Frau*

Jutta y del aporreo de mesas al acabar, no era para tirar cohetes.”No son rivales”, pensó el simple pinche, quizá el mayor de la clase, junto con dos rusas despampanantes que a él, ni le iban ni le venían. Las clases- y todo- tenían por iniciales H.J..

Lo malo, que media “Wasgenstrasse, 75” sabía detrás de quién iba aquel muchacho de la voz tan oscura como el pelo, gracias a un compatriota judas y fariseo al mismo tiempo. Y ella, amparada en el hermetismo de su idioma, su discreción y reserva, también. Solo faltaba que un día, él dijera algo, para clavarle un auténtico rejón de muerte a sus sentimientos. A. le había dicho que “ella solo sabe mi idioma”, un probable “no lo intentes con ella”. Tal vez , en un intento de protegerla de un imprevisible y mercurial hombre del Sur. Porque lo que él tampoco sabía aún, era esa “norma no escrita” que las estudiantes Erasmus firman cuando el CIMO les otorga la beca, traducible como:

-Nada de novios extranjeros. Tienen todas las papeletas para ser una carga para el Estado, que ha depositado en ti la obligación, no solo de mejorar tu formación, sino de demostrar lo mucho que vale nuestro excelente sistema educativo.

3.

El pinche había ido con dos ideas muy claras: “acabar la carrera saliendo por la *puerta grande* del año Erasmus” y “traerme todo lo que mi propio país y aún mi propio entorno me niega una y otra vez”. Si llega a saber lo que iba a ocurrir, lo mismo y no vuelve, así hubiera tenido que atravesar el Báltico a nado evaporándolo, como alguien sugirió en aquella convivencia de jóvenes compatriotas suyos en la pictórica y bucólica Worpswede, cerca de Bremen, en donde tanto la echó de menos. Ya entonces, se había consumado todo: tras varios *danke* de aquella voz tan suave y aún un *no hablo español* cuando un *ich habe Freund* falso como un euro de cartón desarboló y descabalgó al pinche metido a galán:

-No me estás diciendo la verdad-le contestó en su alemán “autodidacta pero efectivo”, y se fue tras pedirle perdón.

H. se ruborizó en su interior. La frialdad de su carácter la había llevado a no decir la verdad. No tenía novio, pero aún así, debía cumplir esa “norma no escrita”. Y para ello, se aseguró de que M<sup>a</sup>. fuera, no un escudo cualquiera, porque se convenció, no sin razón, de que el pinche-estudiante insistiría una y otra vez:

-Son realmente cansinos. No quiero saber nada de él.

-Pues yo creo que le gustas.

-¿Cómo me voy a juntar con ese tío? Seguro que es un mentiroso y un cuentista como todos ellos. O, peor aún, está loco. Y sabes lo que A. ha dicho de él ,que bebe como un cosaco.

-Para A. cualquiera bebe como un cosaco. Ella sólo bebe *capuccino*.

-¡No me hables más de ese tío!

A la semana siguiente, a M<sup>a</sup>.le debió hacer gracia verle en el césped del OE-I. A H., llevada por su fuerte *puukko*, no. El pinche no se dio por vencido. No quería ver por más ojos que por aquellos ojillos verdes, ni respirar por su rota nariz otro aire que el mismo que esa nariz de estatua griega. Una noche de viernes, antes de ir a una excursión con la clase de Arte a Dessau, se la pasó en vela escribiendo una carta. Tal vez debiera haberla echado al buzón y esta historia hubiera tenido otro final. O no.

El miedo a otra respuesta tan glacial como contundente le llevó a seguir queriéndola en la distancia. La ocasión parecía propicia en la tarde del 29 de junio. El cielo, plomizo sobre Dahlem-Zehlendorf, iba a descargar como suele hacer en esas pocas. Como si otro Diluvio quisiera anegar los restos de aquel “*Sommersemester*”. Y a fe que lo hizo, porque la puerta de aquel vagón del U1 se cerró en las narices del pinche justo cuando iba a cogerlo.

No volvió a ver a aquellas dos bellezas de allende el Báltico. Mientras se iba hundiendo en el océano de la desesperación por su vuelta a la tercermundista realidad de su pobre facultad-hongo. Más de dos años anduvo buscándola , y no encontrando nada hasta que se vio fuera y lejos de su triste ciudad, eterna perdedora como él.

Dos años en los que H.J. se había convertido en una muy brava luchadora por labrarse un porvenir. A fe de quien estas líneas escribe que lo ha conseguido y sigue adelante con nuevos proyectos. Aún demasiado lejos de su fría tierra natal.

4.

Fue entonces cuando M<sup>a</sup>. se convirtió, pese a su aparente fragilidad, en el escudo protector de la realidad de su amiga H.,-un *sampo* digno del Kalevala- aún a costa de tener que faltar a la verdad por evitarle algo indeseable. O no.

Cuando aquella rosa viajó de Algeciras a Turku solo porque M<sup>a</sup>. le había dado parcialmente el paradero de H., a aquella muchacha rubia por poco le da algo. Por un momento, una nube fugaz tentó al ya licenciado a intentarlo con ella. Lo virtual empezaba a estar de moda. Y ésta se mimetizó con la vida de su ahora lejana compañera de fin de carrera contándole que:

-...estoy casada y tengo una preciosa niña-lo cual no era verdad. Facebook, con el tiempo, lo demostró.

Aquel joven prometedor se hundió .Volvieron los más negros nubarrones de la nostalgia a empantanar y emponzoñar su mente. Meses después , aún a orillas del Mediterráneo, escribió fuera de sí, como fiera agónica. Y en aquella primavera del “No a la Guerra”. Una y otra vez, estrellándose contra aquel *sampo* .Virtual, pero tan



fuerte que le hizo renunciar a aquel sueño en la primavera siguiente. Su naufragio era absoluto y se agarró a una tabla de salvación que le recordaba someramente, muy vagamente, a M<sup>a</sup>.

Los años le hicieron ir atando cabos , gracias al concurso de esas mismas tecnologías que había aprendido a conocer por amor a H.. Tres años más tardó en dar con su paradero, y ya era demasiado tarde. Intentó reconstruir la historia de la Venus del Báltico y su Ondina protectora armada con una espada y un *sampo* electrónico y virtual:

-...se vio sola, luchando en la otra punta del mundo y tuvo suerte, tragándose su *puukko* a veces. Se ha venido a un clima muy parecido al que más de una vez le he descrito en mis mensajes sin respuesta. Solo puedo desearle que sea muy feliz.

Aún así, sus versos viajaron hacia ella por el Mediterráneo. Una y otra vez, sin respuesta. Poco importaba que él mismo lo supiera y aún con el corazón encogido, depositara las cartas en el buzón de “Extranjero” del sólido caserón de Correos. Aún lucía un águila de San Juan en el frontispicio. Pero en su corazón no se haría una *damnatio memoriae*, ni mucho menos.

Hasta que fue recogiendo los hilos para trabar y tejer lo que había entre H. y M<sup>a</sup>. .Algo esperaba , como quien espera, en un rincón del alma, a su Godot particular.

Aunque solo fuera saber la verdad, y contar otra historia.....esta. La del Pacto.

5.

Aún en algunas noches, de las de sueño largo y despreocupado, él regresa a Berlín. Atardece. Vuelve la cabeza, y ellas andan con paso lento en dirección a Oskar-Helene-Heim. Les lleva unos veinte metros de delantera, adorna su paseo caracoleando malabares de mano a mano con su maletín de tela, pensando en que mañana miércoles a eso de las ocho irán a la “*Stammtisch*” de “Beckmann 103”-qué gusto ha tenido el tutor/alumno Igor Sorge en repetir sitio- y el jueves amanecerán H. y él desayunando el arroz con leche que dejó en la nevera antes de irse.



Hay historias que desde luego, mueven a la compasión, aún siendo de personas que, tal vez, ni la conocen, ni en honor a la verdad, la tendrían con su semejante(Vía Crucis del Santuario de la Cabeza, en Andújar).

## “Hasta el infinito y todavía más allá”.

1.

Todo empezó sin aviso previo. Al Moro -por más que los domingos ejerciera de monaguillo o cantor en su parroquia- le quedaban tres meses y medio para concluir su estadía en aquella ciudad que se le hacía un mundo. Más pequeño, pero el mundo de su día a día desde aquel plomizo 29 de septiembre en el que aterrizara en Berlín. Un mundo muchas veces oscuro y subterráneo, como las líneas del U-Bahn o esos traspatios de Oraniemburger Straße por los que deambulaba los viernes por la noche a la búsqueda de un sueño con nombre de mujer que se resistía a aparecer, con algunos marcos ganados la noche anterior entre fogones y fregaderos . Apenas llevaba dos semanas trabajando cuando aquella historia empezó sin ser, ni mucho menos esperada. Más le había preocupado tener que acudir al despacho de Herr Fadinger porque aún no había llegado ni un papel de su universidad-hongo que pudiera dar validez a sus estudios. Aquel vicedecano trepa y ramplón que no había tenido tiempo para robarle la beca para dársela a una recomendada, además, de allende Despeñaperros, que ni le iba ni le venía la “uni-hongo”, tampoco había dispuesto enviar un fax notificando que el Moro cursaba estudios. Pero aquella tarde en que apareció diez minutos después de empezada la clase, la primera de aquel *Grundkurs*, acalorado por la carrera entre Koserstraße y Thielplatz, en apenas un cuarto de hora más, algo impregnaba el ambiente de aquella A121. Inmerso en la filípica de aquella profesora *ossie* sobre el bolchevismo, como el que escucha una canción mil veces y ahora lo hace en otro idioma, observó a su alrededor. “Vaya con estas yogurinas alemanitas con anorexia, qué bajón ha pegado la raza...esas dos son rusas, seguro que tienen un novio alemán o rico...y...”. Y el mundo no volvió a ser, ni mucho menos, el que había sido hasta entonces.

Podrían ser las cinco y media de la tarde, ni más, ni menos. Notaba calor, frío, una mezcla de ambos, pero sus ojos habían dejado de dar vueltas como los cañones de una pieza antiaérea manejada por un recluta novato, para fijarse en un punto concreto.

2.

Había que tener mucho ojo para poder distinguirlas de las demás. Los meses le habían permitido al Moro saber distinguir de dónde podían ser aquellas dos muchachas. Una, semejaba una diosa griega, solo que en su versión nórdica y de cabellos de fuego cortados a lo *garçonne*. La otra, algo más alta y espigada, respondía al típico canon de una ondina. Incluso en la rubicundez de sus cabellos largos y lisos. Ya se había inscrito en la lista de la clase, pero volvió a arrimarse en medio del barullo. Aquella noche, y aún las seis siguientes, deseó volver a encontrárselas, aún sin saber a ciencia cierta cómo se llamaban. Digamos, que una semejaba una Atenea guerrera, y la otra, una angelical muñeca de porcelana, un Ángel con finas gafas redondas. El Moro, pensando en lo que alguien le había dicho en alguna de aquellas tardes de sábado de ensayos de cantos en St. Afra, puso sus ojos en la robusta Atenea de las crenchas de cobre. ¿Quién le hubiera podido decir que se equivocaba? De haberlo habido, es muy probable que se hubiera visto envuelto en un serio altercado con él. Pero lo hacía.

3.

Desde febrero no había habido ninguna *Stammtisch* organizada por los tutores-alumnos de la “Erasmus-Haus”. Nunca eran más de veinte o treinta los que se reunían a beber, charlar y hasta dicen que a ligar-si bien, al ligar, lo normal era que esas parejitas se buscaran sus propios encuentros, si no se iban a vivir juntos-. Al Moro, la información sobre la *Stammtisch* le había llegado en el último momento, y solo pensó en que aquellas dos “novatas” aparecieran:

-....es lo único que me falta. Llevo bien encauzados los estudios, me acuesto con la luz pagada gracias a lo que voy ganando y sería el remate a mi mejor año de carrera.

Académicamente, no era su mejor año de carrera, aunque era difícil determinar cuál era el peor de todos, pues nunca había bajado del notable de media, y jamás le había faltado la beca del Ministerio, aunque fuera una ridiculez en comparación con lo que otros de su mismo “contingente Erasmus”, solo que madrileños y sobre todo, catalanes, habían acaparado, incluso con menos notas y viniendo de familias mucho más pudientes. Era 5 de mayo, y aquella cervecería estaba a dos pasos del parque de Kreuzberg. En parte le decepcionó que no estuvieran. Pero apareció quien le puso en el camino para centrarse en Atenea, sin haber hecho ningún caso del Ángel. Podría decirle que “son muy liberales” y que “solo habla mi idioma”, como con la idea de que no intentara nada con ellas. Pero al Moro le había entrado por los ojos la Atenea del Báltico y no dudó en decirle:

-.....como me diga que sí, me voy con ella.

Su timidez, aún recubierta por esa máscara formada por su ardor guerrero, su fuerza física, su vigor, aún dándose las de “más pobre, más bruto, más rústico y más de todo lo que en ese sentido pueda poner a mi favor” de su entorno inmediato, le paró dos veces. Comenzaba a querer conocerlas a través de observarlas, y sus apuntes se empezaron a poblar con esbozos de retratos de la Atenea, con todo lujo de detalles, aún cuando le salieran mal. “Su nariz, aparentemente aguileña, pero recta, es muy difícil de dibujar”, pensaba, mientras, con sumo cuidado, entre anotaciones de las explicaciones, que al vuelo captaba a la *Frau* del *Grundkurs*, la esbozaba. No era el único, pero nadie podía imaginarse que podría llegar a tanto. Aquella tarde del 18 de mayo, justo antes de entrar a clase, se les acercó. Intentó presentarse, y le dijo un par de piropos, a lo que ella le contestó fríamente con lo que él no había previsto en su inocencia:

*-Ich habe Freund. Am Finland.*

Le dijo que era una mentirosa, y se fue tras pedirle perdón. Unos días más tarde, por casualidad, se encontró al Catalán. Uno de los muchos que había, pero que se veía de cuando en cuando con él en aquel “campus” de edificios sembrados entre bosques, prados y lagunas. Le contó lo ocurrido y él, que las conocía, le dijo:

-Ay, chico, es que tú no sabes. Se puede poner tensa.

Atenea era una auténtica fiera. El Moro no tardó muchos días en comprobarlo, cuando la vio regañando al Ángel a pocos metros de distancia. “Tiene mucha energía, quizá sea lo que necesite”, pensó. Y por eso mismo, no pudo olvidarla.



4.

Toda una noche se la pasó escribiendo una larga carta en la que le planteaba una relación seria, y que los días se iluminaban con ella y eran tristes cuando no la veía andando con paso firme, casi siempre con las mismas ropas: rebecas de color verde manzana, camisetas de color rosa y mallas negras. Recogía su pelo con dos pinzas y calzaba botines como para bailar flamenco, que la hacían parecer algo más alta. Pero el Moro ya quería verla, vestida de gitana, y, por qué no, de blanco hacia el altar, tal vez el de San Hipólito en su entonces tierra lejana. Y se seguía equivocando. Al final, no echó la carta y se fue de excursión a Dessau para ver la reconstrucción del pabellón de la “Bauhaus” y lo triste que era esa ciudad, como todas las de la antigua DDR. Acabó arrepintiéndose, y siguió discurrendo el mes de junio mientras deshojaba la margarita sobre si acercarse a ella o quererla en la distancia. Muy tarde lo intentó. Aquel último martes de junio, la sintió decir al Ángel “*Doloo*”-vamos en su cantarina lengua-. Esperó un segundo más a subirse y ya fue tarde. Aquel portazo del vagón amarillo del U1 jamás se le olvidaría. Como ella. Quizá si un rayo de aquella tormenta perfecta, le hubiera partido de camino a “Suarezstraße 15-17, EG02”, nada ni nadie sabría adónde era capaz de llegar. El último mes fue casi tan triste como la segunda quincena de diciembre. Atenea y el Ángel se habían ido y nadie sabía nada. Y él, recogiendo lo sembrado meses antes, acababa de recibir el “pláacet” de su “universidad-hongo”, pero también sabía que tenía que volver. Volvía solo y casi irreconocible para los suyos. Ni qué decir cuando aquel “coordinador” presuntuoso le dijo:

-....que sepas que vamos a ser *generosos* contigo.

Una “generosidad” que, despacho a despacho, le convertía en poco menos que un proscrito, cuyos proyectos se iban quebrando con el paso de los días, las semanas y los meses.

5.

-...Tú lo que tienes que hacer, es olvidarte de ella-le dijo un querido pariente en una “despedida de soltero”. Y fue incapaz de hacerlo. Sacaba dos perras chicas dando clases a domicilio, hasta que se acabaron. Hizo el “CAP” y empezó a estudiar para las Oposiciones previstas para el verano siguiente. Nada le salía bien y fue cuando alguien, contando su historia como un cantor de tangos hablados, de esquina en esquina, de amigo ocasional en amigo ocasional-o no-,le sugirió:

-Si tanto la quieres, búscala por Internet.

-No sé manejar un ordenador.

-Eso es fácil. Solo tienes que meterte y hacerte una cuenta de Hotmail®.

Siempre había sido alérgico a la informática. Ahora, por Atenea, el Moro se volvió cibernauta en tiempo récord. Ya había escrito un par de veces-o tres- cartas a Berlín. En la “Erasmus-Haus” no tenían tiempo para ayudarle, aunque supieran quién podía ser aquella muchacha. Por más que fuera de un carácter frío e indolente, aún cuando él aún no lo supiera. Tardó aún tiempo en saber que, efectivamente, sí había vuelto con el Ángel a completar su trabajo de fin de carrera. Y se siguió equivocando. Otra vez

“currito” en un “departamento-cubículo” de su “facultad *seriada*” de esa “universidad-hongo”, se encontró con que había 1.625 muchachas con su mismo nombre y apellido. Solo en la ciudad portuaria de la que ella venía-y que, a la postre, no era su ciudad natal, que está mucho más al norte y es un centro fabril-, 428. Echando “horas extra” en aquel “cubículo”, bien curriteando, bien fingiendo hacerlo, comenzó a escribir en inglés una a una, a todas las que pudo, incluso tres o cuatro al día. Apenas una docena le contestaron, y todas, con casi idéntica respuesta:

-“...you are writing to a wrong person”.

La vorágine de la Oposición le absorbió hasta que, en la última prueba, una frase desafortunada le dejó apeado de una plaza fija para toda la vida. Fue entonces cuando cayó en la cuenta del verdadero apellido del Ángel, pues hasta entonces, por una sola letra, se topaba :

-...con una atleta mozambiqueña, que por un casual, entrena en Suecia, que, vaya tela.

Hasta que un día reparó en cómo se escribía el nombre de aquella muchacha tan risueña a la que también recordaba. El Ángel, una muchacha noble, elegante, educada, sencilla-más de lo que el propio Moro pensaba- le puso en conocimiento, gracias a Internet, del paradero de la Atenea:

-.....Se ha ido a China.

“A China me voy”, le contestó, tras darle las gracias no menos de diez o doce veces. Qué no pasaría por la cabeza del Ángel al referírsele a la Atenea a través de la Red. Y a la propia Atenea al empezar a recibir largos y apasionados correos electrónicos en un inglés de bachillerato del antiguo en la cuenta que la multinacional en la que trabajaba le había asignado. Las semanas pasaban. Al Moro, mientras esperaba que la Bolsa de Sustituciones corriera mucho para llevarle a trabajar -y cobrar-, se le iban cayendo los palos del sombrero. En plena ansiedad por reencontrarse con aquella muchacha, le contó su historia a una encargada de una Agencia de Viajes:

-Si tanto la quieres, son ochenta y cinco mil pesetas, sin las aerotasas.

“Ochenta y cinco mil pesetas”, ese era el precio de su ilusión, y su obsesión. Se pateó su pobre, sucia y triste ciudad repartiendo propaganda, siempre y cuando no le engancharan para tal o cual quehacer familiar. Entregó muchos *curricula* y fue a dos entrevistas de trabajo a perder el tiempo. Día sí, día no, iba a los Ministerios a ver cómo iba la Bolsa de Sustituciones. El 4 de diciembre estaba a punto de ser llamado:

-Estás en el número 5. Lo mismo y esta semana te llaman. Ve preparando la maleta.

No cayó en la cuenta que, al acabar esa semana, todos los “absentistas sistemáticos” dejarían de estar “malitos” para ir a trabajar, pero no para cobrar la “extraordinaria” que por aquellos años se estilaba pagar a los funcionarios por Navidad. Ya había comenzado a desprenderse de algunos recuerdos personales, incluso libros y apuntes de su carrera, todo fuera:

-...por reencontrarme con ella.

Pero al llegar el día 11, haciendo un alto en su reparto de propaganda para ir a los Ministerios, le llegó el primer **palo**:

-Estás el 384.

Se hundió , pensando en que su sueño, tocándolo ya con la yema de los dedos, de cara a la Navidad, no podría llevarlo a cabo. Ya tenía dinero para el billete, y solo esperaba una respuesta por correo electrónico. La respuesta de la Atenea báltica , aún cuando el mar que viera a veces, fuera el de la China Oriental, no llegaba. Aún no sabía que era tan fría e indolente como si en verdad, estuviera hecha de mármol y no fuera de carne y hueso:

-¿Quién será este “Moro” que me escribe?-pensaba.

En efecto, le había, no olvidado, sino directamente ignorado. Por más que a más de diez mil kilómetros de distancia, el Moro hiciera preparativos. En pleno frenesí navideño pululando por los belenes, con copitas de gañote de por medio, a alguien le dijo:

-...es que me voy con mi reina a la China.

Y entre risas, le contestó:

-Tú estás loco.¿ Tu “reina”? Con carrera, y repartiendo propaganda si es que te llaman. Tú donde te vas, es a la calle, so borracho...¿será el tío fantasma?

-...Fantasma, no. El mes que viene te lo demostraré.

-¡Anda y cállate, so payaso! ¡Vete a tomar por c....!-le voceó otro, medio zarandeándole a la puerta de aquel belén.

Pasó un mes. Y otro. De sus ahorros tuvo que prestar a dos familiares, lo cual le exasperó, pues no le sería fácil reponer lo prestado. Sabían que tenía dinero y para lo que lo estaba ahorrando, pero nadie le tomaba en serio. Ahora eran ellos los que se equivocaban.

6.

Nada dijo sobre su marcha. Absolutamente nada.

Al menos, obró así con su numerosa familia y escasas amistades. Estaba aquel último día de marzo en que subió a los Ministerios, en el puesto 82 de la Bolsa de Sustituciones. El último almuerzo, la última tarde, y él, por fin, sin soltar prenda, salvo a la Atenea de Shanghai:

-...mañana espero llegar a Shanghai. Aunque la ciudad es muy grande, nada me va a detener para encontrarme contigo y contarte de verdad, cara a cara y sin nada que se interponga entre los dos, lo mucho que te quiero....

No sabía que en la cuenta de “e-mail” de ella, ya figuraba como “Correo no deseado”. Se seguía equivocando...y sin saberlo ni sospecharlo. Aquella última noche en su pobre y desgraciada ciudad, el Moro se tomó la última cerveza en el parque solitario. Mirando a las estrellas, hacía como que le hablaba a ella, en su acartonado “inglés de BUP y COU”:

*-Tomorrow, I'll be there for you, my Darling....Till the infinite and more away.*

Nunca había sido devoto de los dibujos animados de Disney, ni qué decir de los de Pixar, pero aquella frase de “Buzzy Lightyear” en “Toy Story”, que, por casualidad había escuchado viendo un anuncio en televisión, le llegó adentro. Eran las cinco de la mañana cuando se levantó sin hacer ningún ruido. Con el macuto listo y en sigilo, se fue. Ni una breve nota. Con la luz de las escaleras apagada, debieron pensar que no se había cerrado la puerta y era un mal sueño. Hasta que se acercaron las siete. Ya estaba entonces el Moro subido en el primer AVE, destino Madrid. Las horas en aquella terminal de Barajas se le hicieron interminables. Poco le importaba que sus padres le anduvieran buscando.”Me voy con ella. Ahora sí que no me va a decir que no. Mi familia no me quiere. Mi país no me quiere y yo no voy a seguir siendo un don Nadie lamentándose en cada esquina”, le dijo a un eventual compañero de asiento en la terminal. Cuando se dio cuenta de que éste estaba dormido, estaba apareciendo en la pantalla el embarque para su vuelo en Shanghai. No había caído hasta entonces en una cuenta: su escala en Helsinki no iba a ser de dos horas, sino de doce. “Algo más que sabré de su país, mejor”, pensó ya en el avión. Cuando llegó al aeropuerto de Töölö, en Helsinki, ya era de noche. Se acordó de aquella frase sobre Alemania, “es un país en el que te aprendes a callar”, y no dudó en aplicársela en aquella terminal tan silenciosa. Fuera hacía mucho frío, y en el “duty free” le pareció carísimo comprar un detallito para la Atenea, aparte los que ya llevaba en el macuto. Apenas con lo comido en el avión, pasó hambre. “Esta hambre es poco sacrificio porque mañana estaré con ella y mi desgracia se acabará”, pensaba. En la zona de tránsito consumió todas aquellas horas, entre limpiadores, vigilantes y policías. Silencio absoluto. Era como estar rodeado de fiambres andantes, pues ni siquiera los que iban en pareja hablaban entre ellos. Su durmió en una butaca, colgado de su sueño con nombre y forma de mujer. De mujer de bandera, luchadora y guerrera, pues a China se había ido a labrarse un porvenir, aunque, tal vez también tuviera alguna razón que al Moro-y a cualquiera-se le pudiera escapar. En Berlín, y aún en Finlandia, le podía haber bailado en la cara al Moro y a catorcecientos más. Pero allí en Shanghai, desde luego que no. Y eso, ni el Moro lo sabía, ni nadie lo podía-o quería-imaginar. Cada vez más se equivocaban.

7.

Nunca te sientes tan solo como en una gran ciudad.

Y a más grande, más solo. Apenas bajó del avión en Pudong, el Moro se encontró con que su equipaje tardaba demasiado. Y una vez lo tuvo en mano, en el control de pasaportes, que le paran. En un inglés aún más acartonado que el suyo, un par de policías chinos que le ordenan que les acompañe:

*-We must ask you. Please come with us.*

Le preguntan por la rosa, los bombones, la sortija, la botella de vino y aún la de aceite de oliva que llevaba primorosamente empaquetadas. Le quieren acusar de contrabando, de entrada ilegal-el billete solo es de ida- y encerrarle en un calabozo. El Moro pide hablar con el cónsul español. Antes que llegue el cónsul, le mantienen no menos de seis horas encerrado en un cuarto sin ventanas, una suerte de calabozo sin rejas. Siente discutir en chino a los policías, hasta que, por fin le abren la puerta. Ni sabe lo que ha rezado y pedido a un Dios que siente demasiado lejano como para que haga un milagrito, pero el policía le dice “su cónsul ha venido”. Éste, después de presentarse, empieza a hablarle de leyes y más leyes, y cuando le refiere su historia, le dice que van a intentar localizar a “esa muchacha” por teléfono. “No le conozco”, contesta por dos veces antes que la policía le ordene presentarse en el aeropuerto. Tres



horas más, que parecen no acabar nunca, las que pasa el Moro angustiado por las noticias que el policía y el cónsul le dan. “Ella ha dicho que no le conoce”, él dice que sí, que se conocen de hace casi dos años, que la quiere mucho y no puede vivir sin ella, porque es su triunfo, su éxito y todo para él. Ni siquiera cuando solloza y una lágrima cae de su ojo derecho, y el turno de policías es relevado. El pulso se le sube cuando, al fondo del pasillo divisa su cabellera rubio-rojiza. Atenea habla con uno de los policías y dice que “no le conozco, no conozco a ningún español, ni tengo novio español, ni mucho menos”. Está tensa, incluso airada. Pero ya sabe cómo las gastan allí pese a su aparente súper-desarrollo económico. Accede a la sala. La emoción embarga al Moro. No esperaba que su pulso subiera aún más. Dice su nombre y le habla en alemán. “Tú sabes quién soy, sabes lo que te quiero, y que solo quiero estar contigo, mi vida”, le dice ante su indiferencia. “No te conozco”, le contesta en su inglés “técnico” con acento nórdico, con una sequedad que asusta. Y se va, insensible e indolente, como una estatua de mármol, académica, perfecta, pero fría y solemne en sí misma. Al Moro, su “está un poco nerviosa, no se lo acababa de creer”, resulta serle absolutamente carente de credibilidad. “No quiero pasarme cinco días aquí encerrado esperando ese vuelo, yo quiero, yo amo a esa muchacha...”, dice una y otra vez. A los policías solo les mueve la codicia de poder cobrar una buena mordida por soltarlo. El cónsul accede a hacerse “responsable” suyo, incluso abonar su billete de vuelta, mientras llega y no llega el avión de vuelta. La bronca del cónsul en la puerta del aeropuerto de Pudong, es descomunal. Le llama “chalado”, “majadero” y “carne de psiquiatra” antes de irse exasperado por sus contestaciones, todas ellas muy juramentadas y justificadas. Una vez solo, tiene en mente salir de allí e ir a la Mansión Mandao, o, en su defecto, a la avenida Zhongshan Norte, pues son las dos direcciones de la empresa donde Atenea trabaja. Aunque todo se le hace enorme. No se lo puede creer, ni que todo esté tan lejos. Habla solo por las calles, entre las indiferencias de la gente, caída la noche, que parece no acabarse. Come en un chiringuito un tazón de fideos chinos que sabe a rayos, pero está caliente y le ha costado al cambio apenas dos duros. Pregunta mil veces por la Mansión Mandao. Nadie sabe guiarle, ni nada, siquiera inglés, en la “zona económica especial”. Amanece en Shanghai, con sus *skylines* de rascacielos sobre el río, cuando, por fin, aparece un “occidental” alto, recio y con cara de jamón York. La suerte parece que se alía con él:

*-Please, please, can you help me, please?*

*-Yes. What's up?*

*-Where can I find the Mandao Mansion?*

Se encuentra a menos de un kilómetro en línea recta, al oeste. Apenas agradeciendo a aquel tipo alto y trajeado su información, sale a correr aunque no puede más. Ya son tres días agotadores en pos de un sueño que parece querer escaparse una y otra vez. La Mansión Mandao se le antoja, por fuera, el reflejo de una época colonial, que, entre japoneses y maoístas laminaron, y el postmaoísmo dengxiaopingniano intentaba reutilizar según se le antojara, como ejemplo de ese giro globalista. Allí solo había amarillos trajeados, con el mismo corte de pelo, la misma cara y la misma voz. “*She is not here, sir*”, una y otra vez. Ya tiene un vigilante detrás cuando, de repente llega una ejecutiva occidental, anglosajona, no hay duda. El Moro le pregunta por Atenea. “Creo que la puedes encontrar en Zhongshan Norte, no está lejos, si no tienes coche, es en la línea 1 del Metro, pero no te deja allí cerca...”, le contesta con desdén. Algo sabe y se da cuenta. Se agarra a un clavo al rojo vivo. No sabe que su sueño está a punto de

convertirse en otra realidad, nada más llegue a Zongshan Norte. Es una zona de edificios de oficinas. Una llamada de esa jefa de Atenea, la alerta:

-Ese español por el que tuviste que ir al aeropuerto, va para las oficinas. Tú sabrás lo que haces, pero te estás metiendo en un lío.

-No. Yo nunca me meto en líos.

La Atenea báltica está tensa. Como tantas veces. Es él-el Moro- de nuevo. Le ve desde la ventana que da a la calle en la que están las oficinas. Decide hablar con él aprovechando la parada para el almuerzo, para dar el golpe final a aquel hombre que se ha apostado su porvenir por ella, plantándose en la otra punta del mundo en su búsqueda, sin pensar ni en ser un “mantenido”, ni en hacerla una “ama de casa”. Solo en ser feliz. Ni sabe las horas que ha echado andando por Shanghai, cuando, a la hora del almuerzo, la ve acercarse. Prepara los regalos que, con tanta ilusión ha preparado y con tesón ha defendido ante esos policías del aeropuerto:

-Español, no te conozco. No me conoces. Déjame en paz y no pierdas más tiempo.

-...Pero....¿y ahora qué hago? Esto es para ti.

Su respuesta es el silencio. Se marcha a comer su almuerzo rápidamente y acabar su jornada.

8.

Cuando un sueño se rompe, no hay manera efectiva de repararlo. Ni del todo, ni nunca.

Nada quiere de él. El Moro piensa que su mundo ya carece de sentido. Su macuto acaba en una consigna de una estación. “Alguien lo querrá”, piensa, y sus ojos se dirigen al “Jin Mao “. Solo hay una idea en su cabeza. Antes de dejar sus pertenencias en esa consigna, coge boli y papel, compra un sobre y un sello.”Solo ella sabrá qué fue de mí”, piensa. Las lágrimas de impotencia se acumulan en sus ojos sin derramarse. Todo carece de sentido, salvo llegar a ese rascacielos enorme y volar desde el punto más alto. Una energía de origen desconocido le hace no detenerse. El edificio se le antoja enorme. Sabe que solo hay que buscar la manera de entrar, y una vez allí, encontrar unas escaleras de emergencia. Entra y no llama demasiado la atención. Aún pese a los diligentes porteros, ascensoristas y vigilantes, parece saber adónde ir. Al subir cincuenta plantas más arriba por las escaleras de emergencia, aún le parece poco, y le falta el aliento. Treinta plantas más, y no sabe si merece la pena. Al llegar a la planta ochenta y ocho, la puerta de emergencia da a la azotea. Tiembla. Duda si Atenea ha merecido la pena. Reza mirando al cielo gris y turbio, que se ha olvidado de él. Mira abajo. Los coches parecen hormigas de colores. Las personas, pulgones. “Todo está cumplido”, se dice. Mira otra vez a la avenida, como una estrecha lámina gris. Al inclinarse, cae de cabeza. Treinta segundos de inútil braceo edificio abajo, antes de caer, de espaldas, estampándose contra el suelo. Pese al corrillo que se forma a su alrededor, no fue noticia. Hay muchos. China es así. “Occidental no identificado, 1.78 metros de altura, 90 kilos, pelo moreno, vello abundante, lunares en todo el cuerpo. Ropa occidental, informal”, rezaba el informe del forense...por llamarle algo. Su cabeza destrozada, con los ojos colgando fuera de las cuencas. Sus ropas, arañadas por el roce del aire, hasta desprenderse en parte al ser levantado el cuerpo, facilitaron un destino claro, diferente por completo al previsible. Sus órganos fueron todos extirpados, y, previo paso por los habituales intermediarios y traficantes, trasplantados,

cada uno en un rincón del mundo. La Atenea del Báltico recibió días después, sin inmutarse, la carta. No llegó a abrirla, tirándola a la papelera y pensando en que la policía china le habría mandado de vuelta a su desgraciado país en el primer avión. Nunca supo el Moro que ella estaba inmensamente sola, aunque no tardaría demasiado en encontrar a quién agarrarse y huir de Shanghai. Algún órgano del Moro tal vez aún viva. Pero al menos uno acabó en el cuerpo de un rico excéntrico, que al morir, fue incinerado y una parte de sus cenizas, esparcidas en el espacio: así lo había dispuesto en su testamento, antes de precisar el trasplante, que solo le dio dos años más de vida.

Todos se equivocaron.

El amor del Moro por la Atenea del Báltico, sí que fue hasta el infinito y todavía más allá.



No podían faltar, ni la Sierra de Segura, ni su pantano del Tranco. Tal vez algunos cisnes podrían ser felices allá en el Sur Verde.

## “Los cisnes de Lietzensee”

1.

Nadie esperaba que esta historia pudiera suceder.  
Pero así fue.

Él llevaba un año tocando fondo. Aquella ilusión que había brotado en su corazón casi cinco años antes, condicionando desde entonces todos y cada uno de sus sentimientos, allá adonde fuera, había acabado por mostrar su peor cara. Un año largo de nostalgia e indecisión, un año más de retraso en reencontrarla aún en la Red, una confusión en una letra del apellido de aquella compañera de “Erasmus”. Una oposición por intentar sacar. Una encerrona fallida por causa de una crítica demasiado sincera en una sola pregunta. Un empleo que, a punto de llegar, hubo de retrasarse por espacio de un año y un mes más de la cuenta. De uno en uno, los sucesivos errores habían acabado precipitándole a que “el síndrome de Finlandia” no pudiera tener para él el esperado final feliz. Más bien, todo lo contrario.

Cuando, al fin había encontrado una pista fiable de aquella a la que había idolatrado ilusionado, esperando que aquel “*tengo novio*” solo hubiera sido una pequeña mentira reversible, una tentación le había cegado, precipitando la catástrofe de no dar remedio a su soledad. Por más que le había hecho recrear en su cosmos literario, toda una “Finlandia imaginaria” a la que sus despechados antihéroes del Transbetis acudían en búsqueda, y al encuentro, de sus anheladas, divinas, rubias y robustas “Dulcineas” de voz cantarina, alma noble y esperanzas confluyentes con sus Quijotes del Sur.

Nada más lejos de la realidad. De sus continuos fracasos editoriales y, desde hacía algo más de dos años, docentes. Nadie le había enseñado a enseñar. Tampoco, a querer.

Así le lucía el pelo. Llevaba un año sumido en una crisis que ya estaba minando su salud.

Era un hombre aparentemente fuerte, pero aquella cadena de rechazos, acabaron por reventarle...cuando menos esperaba.

En aquel viaje, preparado en tiempo récord, y que no pudo ocultar en aquel destino hostil, tenía depositadas sus esperanzas. De una respuesta.

2.

Aquellas calles, aquellos largos paseos bajo la nieve.

Aquel largo “puente de Andalucía” había sido la fecha elegida. Era el suyo un “deber moral” con la ciudad que había condicionado el devenir de su carrera, de su profesión y de su vida laboral. No era por ello, el suyo, un viaje caprichoso e inoportuno. Antes que un día pudiera darle un síncope y viendo en peligro su salud,-tanto física como mental-, subió al avión.

Sus amistades en Berlín sabían que regresaba para cuatro días. El tiempo anunciaba lluvias, que, se convirtieron en nieve al cabo de unas horas. “La nieve ha vuelto conmigo, he vuelto a ser yo”, pensaba mientras bajaba por Bernauer Straße, buscando un trozo de muro en el que volver a retratarse. Ni qué decir cuando volvió en el U1 hasta Thielplatz.

Ya era más que de noche, y, pese al aparcamiento de bicicletas, reconoció pese a la nieve que lo cubría, el sitio en el que ellas dos se sentaban, entre clase y clase. Y él,

rondaba y requebraba infructuosamente a la princesa equivocada. ¿O era ella la que se había equivocado desde el momento en que le dijera, por espantarle, que tenía “novio”-como a tantos otros-? La emoción le embargaba. “Es un mundo que ya no volverá”, pensó al volver en los sucesivos “U1”, “U9”, “S8” y “U8”.

Cuatro días, y muchas visitas por querer hacer. El tiempo se quemaba y solo pensaba en volver a Charlottenburg. ¡Cuántas noches no soñó en volver al estudio con ella! Los coches de lujo, las calles nevadas, los escaparates de anticuarios o la tienda de discos, indicaban que se acercaba a su destino. Y una vez allí, volviendo la esquina, el parquecito de Lietzensee. Una llamada al “móvil” indicando que tardaría un poco más en ir a almorzar, a “horas españolas”, le bastó para poder sentirse otra vez parte de aquel, cuanto menos centenario jardín hecho en torno a una laguna ya existente, por el que tantas veces paseara.

Miraba la masa de agua helada, mientras volvía a nevar. Aún con el pelo revuelto y embutido en su abrigo, alguien le reconoció. Nunca hubiera podido imaginar que aquel sábado al mediodía, el sentido profundo de su viaje, había tomado un cuerpo y una cara que no podía, ni mucho menos prever. El Destino juega también al despiste.

Hacía dos años que había logrado remediar su error con la identidad de aquella muchacha, alta, fina, elegante, sencilla, de cara agradable y risueña, pese a no llamarle la atención casi tres años antes. No había sido el único. Le había escrito no menos de media docena de veces, incluyendo una carta y había intentado telefonarla a su oficina en Turku. La ciudad, tantas veces visitada por Él en sueños, en viajes a través de los libros o de la Red.

La primera capital finlandesa, ciudad a la vez portuaria y universitaria, bilingüe, abierta al Báltico y frente a las islas Åland, que son el colmo del lujo y el refinamiento. Ahora, era aquella muchacha-nunca una “segunda opción”- la que, por un casual, había ido al ICC a una convención. En un receso para el almuerzo, se acercó al jardín. Le reconoció, pues no le esperaba, y se acercó a él, tocándole con el dedo enfundado en el guante. Él no lo esperaba. Con cara de susto, se volvió:

-....¿Eres....?-le preguntó en inglés.

-Sí, soy yo-la miró fijamente a los ojos. Como hacía años que no miraba. La reconoció. La emoción enrojeció sus ojos. Ya no pensaba en volverse en el “U2” para llegar a su hora al almuerzo. Ya pensaba en hablar con ella. ¿Hablar? ¿Abrazarla? ¿Besarla? ¿Pedirle perdón por sus exabruptos? ¿Romper a llorar? No había querido ver la realidad, se había hecho un mundo de ilusiones evadiéndose de su gris y mediocre realidad andaluzolana. Soñando con un viaje poco menos que triunfal y un reencuentro ya a todas luces, imposible. Y Ella, no era, en ningún momento, “plato de segunda mesa”. “Al menos tuvo la cortesía de contestarme, y no tenía ningún motivo para tener que mentirme”, pensaba.

-¿Cómo es que estás en Berlín?

-Ya no podía seguir sin volver. Sigo siendo un pobre maestro rural....de momento.

-Yo estoy de convención en el “ICC”, viaje de negocios.

Ya nada sería lo mismo. Aquel día almorzó a las cuatro. El café lo tomó antes. Con Ella.

3.

Un momento y un lugar.

En aquella pequeña “Ecke-Stübchen” frente a la estación del “S-Bahn” de Witzleben, solo el encargado y un borrachuzo medio-pensionista habitual, veían fútbol de la Bundesliga en la tele. Nada *glamouroso* para lo que Él creía que Ella hubiera preferido. Pero les bastó.

La Otra estuvo presente en la conversación cinco minutos, no más. El resto del café lo pasaron contándose mil historias más...y porque el almuerzo con sus paisanos emigrantes -aunque a Ella le pareciera que era muy tarde para almorzar, él le dijo que “por mi trabajo estoy acostumbrado hace años”- y la convención les hizo separarse, una chispa había surgido. Si no una chispa, algo les revoloteaba y cosquilleaba por dentro. “Es un milagro”. Apenas salió de almorzar, él, acostumbrado a hacerlo tarde, no tuvo más deseo que el reencuentro. Algo brillaba en su mirada y no era por el Rioja del almuerzo. Pero no se lo confesó a su paisano, aunque fuera cura-que lo es-.

Ya era de noche, él había oído misa en Sankt Sebastian, -en Invalidenstrasse, la primera de la tarde, cantada y en alemán- .La nieve volvía a recrecer su manto en las calles de Charlottenburg. En la puerta del ICC, nadie le pidió acreditación alguna. Aquella convención acababa con un frío “cóctel alemán” a base de copas de vino y roscas de pan, en el que alguno se podría exceder. Ella y Él volvieron a departir durante algo más de media hora, y le sugirió:

-Me gustaría...invitarte a cenar.

-Nunca es tarde. La noche siempre es joven.

Él cenó el doble que Ella. Después, unas copas en el Ku’damm, y por último, un paseo. La nevada había parado y se volvieron a ver en el parque del Lietzensee, con éste helado de nuevo, solitario, callado.

-Pobres cisnes, estarán pasándolo mal si no han emigrado- dijo Él.

-Los cisnes forman parejas para toda la vida.

-Sí.

-¿Cómo lo sabes?

-Lo sabía muchos años antes de venir a Berlín.

-Ya, la YLE-2, ¿cómo se dice allí?

-La Segunda Cadena. No, aprendí a leer en una enciclopedia de animales. De los cisnes hablaba en el volumen 6, a la mitad. Imagino que tú los verías en el lago de tu pueblo, ¿no?

-Bueno.... A veces.

-¿Lo sabía!...Hace frío. ¿Está lejos el hotel?

-Es ahí enfrente.

- Te acompaño. No pienses mal. ¿A qué hora sales mañana?

-A las doce...desde Tempelhof.

-Yo también, pero me voy desde Tegel.

La acompañó al hotel. En el vestíbulo, sin más testigo que la recepcionista, le dijo adiós, deseándole un feliz viaje, que acompañó con un “ojalá y volvamos a vernos” que se le atragantó en su pobre pero efectivo inglés del BUP. “Esto parece un sueño”, dijo en castellano, a punto de emocionarse al verla irse al ascensor. Apenas dos besos de despedida que olían, sabían, sonaban a “buenas noches y hasta pronto”.



4.

Un no-regreso.

Solitario bajo la nieve, anduvo por Bismarkstraße hasta la parada del U2 de Sophie-Charlotte-Platz, cogiendo el último. Y el último U8 hasta Voltastraße. “Mañana a esta hora estaré otra vez en ese pueblo inmundo donde nada valgo y de nada sirvo”, musitaba en soledad.

Triste y llena de lágrimas en el corazón fue la travesía aérea y ferroviaria que vivió hasta volver a su gris y mediocre destino. Otra vez recorriendo la calle Real cuesta arriba, con los adoquines mojados por una tenue llovizna, y desde los bares, alguno de los borrachos habituales, le remedan y ofenden. Sabe que es su última noche en ese pueblo, pues las amenazas de su jefe, basadas en mentiras y envidias le van a costar el puesto de trabajo si no se da de baja. Sabe que la educación “logisiana” es un fraude, y en ese pueblo, epicentro y paradigma de la corrupción del caso “ERE”, del “PER”, las falsedades en las peonadas y demás maldades tercermundistas de las que tanta vergüenza sentía, le costaba tener que salir de allí con su salud resentida por tanta maldad.

Pero una luz de esperanza alimentaba su corazón.

Dos semanas se daba de plazo para tener que volver a aquel infierno. Ante la incomprensión de su familia, las amenazas telefónicas de su aún jefe –“si vuelves te abrimos un expediente y te vas a tu p... casa”, la más suave-, y sus deseos de volver para rematar en la medida de lo posible, su misión, mantuvo cuanto silencio pudo. No tenía ánimos ni fuerzas para siquiera acercarse al “cybersalón” para contarle a Ella que sus temores se habían confirmado y que pensaba en retomar un proyecto que había emprendido un año antes:

-...en mayo fui al Consulado en Málaga y me dijeron que “el amor es ciego”. No quiero ser una carga. Creo que aquí me valoran poco.

Tenía razón. Su “universidad” hongo, mediocre y corrupta había obstaculizado sus posibilidades de un posgrado de acuerdo a sus proyectos. Sus dos años de “currito p’a tó” esperando le llamaran para una Bolsa de Sustituciones, habían sido estériles más allá de la obtención de un folio sellado. “Tirando mis perlas a los cerdos, así me tienen en este pueblo...esto sí que es un páramo inútil y no la cultura de la postguerra”, pensaba y no sin razón. Así, cuando al cabo de dos semanas se consumó otro fracaso, aunque su madre hubiera puesto todo su entusiasmo en ello, volvió al pueblo. No sabía que la mafia local había actuado a sus espaldas. Mas él no se había quedado quieto, y a la única que se lo contó fue a Ella: “hazlo”, le dijo.

Bastó con volver a coger el tren y, sin decir nada, llevar a cabo otro “Día de los Consulados”, con las ideas claras. En un juego al despiste, visitó otras dos oficinas consulares más, pero estaba decidido. “No va a haber vuelta atrás. El treinta de junio cesaré y al acabar el verano, a picar el billete”.

En su casa le tomaron por loco al no verle preparar Oposiciones, ni pagar derechos, ni rellenar solicitudes llegado el tiempo. Por Pascua, una sorpresa: Ella le dijo que iba a verle y así fue. Durante tres días estuvo ilocalizable, aún no moviéndose de su triste ciudad. “¿Qué hacías tú en el aeropuerto de Málaga el domingo?”, preguntaron. Algo mosqueaba a su madre.

Ni qué decir cuando pasada la Feria, volvió al infierno. Un mes “de despedida”. El verano se pasó rápido. Al final de julio, con el finiquito, se subió en el avión. Sus padres no se lo querían creer. “No voy a dejarme la vida de pueblo en pueblo y viendo a gente mediocre trepar mientras se me cuestiona hasta por haber nacido”, contestó.

5.

.....y desde entonces.

De “lector-chico-para-todo-becario”, a doctor *cum laude* en tres años . Cambió sin olvidarse, naranjos y palmeras por abetos y robles. La lengua de Cervantes por la de Waltari. La “cartoteca” por el “archivo documental”. El Guadalquivir por el Aurajoki.

Y una vida mediocre y sin porvenir, por un futuro feliz. En sus ojos se podía leer.

A los suyos les costó un año más entenderlo. Entenderlo, aceptarlo y bendecirlo. Tres veces al año que bajan: Navidad, Semana Santa(más bien Pascua) y en julio, bien provistos de crema solar.

Dicen que eran dos en aquella noche nevada en Berlín.

Ahora son tres. O cuatro con la que está en camino, diez años después.

Siempre son dos, y para siempre unidos...Los cisnes de Lietzensee.



No hay otoños tan coloridos como los de estas sierras de Jaén. Tan bucólicos como los de cualquier lugar romántico que se precie (La Acamuña de Castillo de Locubín).

## “El paraguas de Minkiö”

1.

”I will wait for you”.

Las casualidades resultan no ser tan casuales como en principio pudiera parecer que lo son. Durante años escuché aquella canción en muy distintas versiones: instrumentales y cantadas en inglés, con acompañamiento, porque no podía ser para menos, o de una orquesta o de una big band. Con el tiempo, acabé sabiendo solamente que era un tema de un pianista y compositor francés de jazz, y ya sabemos cómo son los franceses para lo suyo, pero no es otro que el gran Michel Legrand. Siempre se aludía a que era el tema de “Les parapluies de Cherbourg”, y tardé años en saber que, no solo es una opereta francesa, sino que es uno de los grandes éxitos del cine francés. Una película musical, con los diálogos cantados, y la que convirtió a Catherine Deneuve en una estrella, dejando atrás a la hasta entonces joven promesa. En lenguaje comercial un “producto para consumo interno” que, difícilmente hubiera tenido salida fuera, más allá de los cinéfilos o los que, gracias a Internet, se han aficionado a verla.

Y más allá de toda esta abstrusa explicación, un canto al amor más allá del tiempo y del espacio. Aunque el final no sea feliz.

Aquel muchacho se había equivocado. No lo sabía, pero se había equivocado. Había puesto sus ojos en alguien que, teniendo entre sus virtudes, no solo el parecer una diosa griega con colores del país de los Mil Lagos, sino su energía y su fuerza de voluntad, también tenía sus defectos, aún cuando él no quisiera verlos. Ni siquiera ver en la que era su compañera de beca y viaje, mucho más que “una muchacha alta, rubia y con gafas, delgada sin pasarse, mona y sonriente”. Aparte, porque una no llevaba anillos en las manos y la otra llevaba una sortija de plata en sus dedos.

Era torpe en su pobre teutón, sin más *Sprachkurs* que sus oídos y su capacidad de resistencia. Si cabe, aún más torpe y brusco al acercarse, hasta el punto en que ellas dos debieron ver su “espacio de seguridad” alterado por aquel presuntuoso “aspirante a pretendiente”.

Fue una pasión equivocada, de la que eran mudos documentos gráficos aquellos esbozos entre los apuntes, al modo de las ilustraciones de un códice inacabado e inconexo, hasta que aquel martes final de junio, al ir a subir a aquel U1 en dirección a Krumme Lanke, desaparecieron.

Ya nada volvería a ser lo mismo.

El último mes, entre tormentas y olas de calor, fue un constante preguntar “adónde se han ido”:

-Tú no sabes chico, se puede poner tensa J..

-Pero, ¿sabes dónde están?

-No lo sé. Hace días que no las he visto.

-Pues estoy desesperado.

-...cuando menos te lo esperes.

Cuando menos se lo esperó, que sí se lo esperaba, lo que llegó fue la fecha de su vuelta. El año de Berlín había terminado.

2. "Olvídate de ella".

El regreso a casa fue aún peor. En la otra punta de Europa se había dejado sus sentimientos con más porvenir, quién sabe si para siempre. Aquel agosto peguntoso se convirtió en un inútil ir y venir de despachos fantasmales en una facultad de vacaciones.

Aquel "coordinador" de pacotilla le voceó hasta tres veces, porque no tenía nada más que decirle:

-...que sepas que vamos a ser "generosos" contigo...

Su "generosidad" era poco menos que despreciar sus dos semestres de estudios, trabajos, participaciones en seminarios de mucho más nivel que todo lo que en la carrera le habían inculcado. Como si se tratara de un proscrito, lo cual no cambió pese a los dos obstáculos que quisieron ponerle sendos ex-decanos en fechas muy seguidas de septiembre. Y salió adelante, mientras aquella que había malmetido tanto "porque no renunció a la beca para que a mí me la *renovaran* (y adjudicaran a dedo de modo completamente ilegal)", se volvía a ir a vivaquear por el campus de la "FU" y aún más allá del mismo, más que a aprovechar el curso fuera. No sin antes encontrarse con aquel muchacho, ya licenciado, y espetarle un "te metiste en muchos problemas", que, a saber de dónde se lo había sacado.

La nostalgia le hacía pasarse las noches sin dormir. No sabía si olvidarse o pasar página y a veces, por qué no, creía soñar con alguna de las dos. Incluso, uno de esos días de la nada en el final de aquel verano del '99, creyó ver a la chica rubia con gafas, aunque, extrañamente, era pelirroja, como aquella con la que había soñado y que le había rechazado. Su realidad se volvió la del típico licenciado en paro, trapaceando aquí y allá mientras preparaba Oposiciones. Porque, aún aquello eran Oposiciones y no el arbitrario procedimiento en el que han ido quedando:

-Tengo que sacar las Oposiciones. Por Ella y por mí.

-Olvídate de Ella.

El otoño dio paso al invierno, que no fue ni mucho menos mejor. Mientras, comenzaba a buscarla infructuosamente. Escribió a la "Erasmus-Büro" sin respuesta, y, en un arrebatado de desesperación, una carta suya manuscrita atravesó Europa sin encontrar la contestación esperada: "no venga por su cuenta". Otra carta en idéntico sentido y en un arrebatado de emociones contenidas, fue a su facultad. Allí esperó durante semanas hasta que aquella chica alta, que él recordaba rubia y con gafas, la recogió:

-Es mi compañera de Máster. Se ha ido hace poco.

-Entonces es...

-Sí. Es ella. No sabía que este muchacho sería capaz de escribirle.

-¿Un novio extranjero? Ya sabes que no se te mandó para ligar-le dijo aquella secretaria.

-No. Ella le dijo que no...

-¿Y tú?

-El muchacho parecía gracioso, pero creo que no se fijó en mí. Yo también le hubiera dicho que no.

-Ya.

Aquella carta contenía tantas promesas como tarde llegaba. En cierto modo, se sentía cómplice de lo que aquel muchacho de la otra punta del continente le declaraba a su compañera-amiga, ahora en la distancia. Más que reenviarle la carta, se conectó al "chat" a las tantas de una noche blanca cualquiera de junio:

"Te ha llegado una carta, del Español. O está loco, o te quiere mucho".

"¿La has abierto?"

"Sí. Perdóname por haberlo hecho. No he podido evitarlo. Lo siento."

"Por mí puedes tirarla a la basura".

Los "chats" se espaciaron cada vez más. Mientras, en la otra punta de Europa, aquel muchacho se enfrentó a la encerrona de su vida. No se volvería a presentar una ocasión así: de estar colocado para toda la vida. En el momento en el que se podría haber hecho un duro alegato contra la mal llamada "beca" Erasmus, se mordió la lengua. Y entró. Estuvo exultante de cara hacia fuera durante cinco días. Mas, dentro seguía pensando en aquella muchacha, sin saber a ciencia cierta dónde estaría y qué sería de ella.

Fue entonces cuando desató una auténtica oleada de búsquedas en Internet, sin , ni mucho menos, el resultado esperado. En inglés, en alemán, e incluso en un macarrónico castellano, hasta cien muchachas homónimas de aquella a la que buscaba. Empezaba aquel curso de "prácticas", un mundo diferente apenas un año después de dejar la Facultad, en el que aprender de cero sin ayuda ninguna, pues en el "CAP" poco o nada había aprendido fuera de la "Didáctica Específica".

### 3. Un rayo inesperado.

Había procurado olvidarse de J., pero algo la ataba a su recuerdo, puesto que en su entorno, si acaso suscitaba chanzas y envidias pese a haberse vuelto opaco en su falsa locuacidad. Fue entonces cuando se acordó de M.. Había tenido no pocas dudas sobre su apellido y no había logrado olvidar que lucía un bonito anillo de plata con una piedrecita a juego con el color de sus ojos de mar, aún siendo muy de tierra adentro, que era lo que en realidad, más le atenazaba y le convertía en alguien poco indicada para contactar."En todas partes hay gente celosa y peor encarada", pensó.

Encontró su correo electrónico y, sin saber si a ciencia cierta, le contestaría algo o no, lo hizo en inglés:

-"...¿sabes dónde puedo encontrarla?"

Al cabo de una semana, recibió una respuesta. "Se fue a Hong Kong. Hace mucho que no sé nada de ella." Sus peores presagios tras horas navegando por Internet y viendo su

nombre en varias webs hongkonesas, le hicieron plantearse si merecía la pena seguir pensando en un futuro feliz con J..Y al tiempo, encargó un regalo para esa muchacha por el simple hecho de darle señas de ella. Un rayo de esperanza le alumbró y no dudó en escribirle unas líneas:

-...¿No está muy lejos China?

Era fuerte aquella tentación, pero ella frenó el diluvio de flechas de amor inesperado sirviendo de paraguas de J. con lo que del Lejano Oriente había vuelto. M. se había sentido “plato de segunda mesa”, y no era para menos. Pero aquel muchacho, que cada vez lo era menos, se encontró en una encrucijada. Al año de “prácticas” siguió otro en “expectativa”, pero aquel verano de 2002 fue el de su mudanza a su plaza “en propiedad”. Marchaba a otro mundo sin salir de su región. A un lugar pedregoso y montuoso en el que se podía pasar décadas. Ya allí, resignado a su pobre puesto de trabajo, dejando hasta más ver aparcados sus proyectos de posgrado, que apenas si le habían reportado de mala manera una “suficiencia investigadora” poco menos que “por compromiso”, escribió de nuevo a M.:

“Esperaré por ti”.

No hubo respuesta.

4.Y el tiempo puso a cada uno en su lugar.

Pasaron tres años más. Era “buena gente, pero no tiene autoridad”, decía aquel director-cacique. Alguna vez creyó ver en alguna parapentista, o alguna amazona, o alguna que se llevó un “snowboard” porque había mucha nieve-que no falta ningún invierno-, a M..Pero no era así. Cada vez más gordo y más viejo, peleado con su director de Tesis en la UNED, al final la leyó y defendió ante un tribunal hecho con retales en una universidad privada de Madrid. Y fue en Madrid donde, apenas doctor, no dudó en recordar aquella cuenta de correo electrónico:”dirección equivocada”.

Por más que en aquellos largos paseos por las calles solitarias de Madrid, creyó volver a ver a M..Cualquier muchacha alta, rubia, esbelta-pero sin pasarse- y mona, le recordaba aquella muchacha.”No será y no tendré otra ocasión así”, pensaba como abstraído. Tanto que, por poco y fue atropellado en un par de ocasiones en aquel día de mayo de 2005.

Le escribió. No esperaba respuesta, ni la hubo. Pero, cuando mediaban unas cuantas copitas,-que a veces hablaba de M., como hablaban los antiguos judíos del Mesías, pues alguna vez le habían preguntado si había alguna chica en su vida. Decían algunas comadres que “si no es de la cáscara amarga, parece el yerno ideal, que billetes no le faltan a final de mes”. Pero nada cuajaba y mucho menos llegaba a brotar, pues a más de un “mantenido” había visto y vuelto a ver parasitando de compañeras “apetecibles”. Mas él se mostraba fiel en la distancia a M.. Y Zuckerberg creó Facebook. No era ducho en redes sociales, acoplado a su mundo rupestre, pedestre y serrano. A ver a sus pupilos llegar, crecer, desarrollarse, cultivarse algo,-lo justo- y salir con un título que en algunos casos, no pasaba de servir para envolver un bocata. Se produjo un reencuentro virtual:

-Eres tú. Aquí entre cerros te sigo esperando.

Nada más lejos del silencio habitual. Al cabo de un mes, un mensaje muy blanco:”gracias por acordarte de mí”. Una fotografía y una sorpresa: en realidad era



pelirroja. Como si la sirenita Ariel del celuloide waltdisneyano se hubiera transmutado en una todavía más bella amazona de los bosques de Jokioinen, con su sonrisa luminosa y sus ojos del color del Báltico, aún cuando ella fuera turunesa solo desde su llegada a la “Ylio”. Un año de mensajes intercambiados por distintos medios informáticos , antes de llegar una llamada:

-Estoy en Madrid. Visita de trabajo, aunque no me guste.

-Aquí hago “puente”. En tres días no trabajo.

En cinco horas y media, estuvieron juntos. Nada volvió a ser como antes. Fue M. la que, al cabo de seis meses, trocó aquel despacho futurista por una terminal de teletrabajo junto a aquella chimenea serrana en una casa en la que no faltaban ni emparrado, ni olivitos y arriates sembrados, ni corral con gallinitas. Las dudas se despejaron y el muchacho dejó de ser tenido por “don Nadie en la Nada”. “Un fantasma, pero como se hace de querer, nadie le dice nada. No merece la pena que lo echen de maestro”, dijo alguien.

Dicen que han dejado el pueblo de montaña y se han marchado a la Costa del Sol. Que cambiaron la casa-huerta por una finca con chalet, piscina, picadero propio y vistas al mar en un sitio donde no faltan paisanos de M.. Que el “IESO” que con la crisis se ha quedado en “SESO”-lo mismo y lo cierran-, fue cambiado por un “macro” al que apodan “La ONU”, donde él se desenvuelve sin miedos, ni rencores de envidiosos de tres al cuarto. Me contó un pajarito que su boda fue ecuménica, y hasta tuvo visos de acontecimiento en un entorno en el que todo aquello resultó tan sorpresivo.

Han pasado siete años , y la que ejerció de fuerte paraguas y recio muro de contención, abrió sus puertas a quien nada malo quería ni podía pretender.

Y parece mentira , las vueltas que da la vida.



Regresar al pasado no tiene por qué ser malo. A veces puede ser sorprendente (Muela en la Sierra de las Villas, en la zona del Charco del Aceite).

## **“Yo sé que volverás”.**

1.

O tú, o ninguna.

*Córdoba, 19 de noviembre de 1999.*

Hace tres meses y veinte días que esta carta, de una manera u otra, da vueltas en mi cabeza. Esta tarde, por fin he encontrado un hueco. Todavía tus ojos del color del agua, levemente rasgados, siguen alumbrando mis noches, cada vez más solitarias e incomprensibles.

Sospechaba que podrías volver a Berlín. A mí me ha sido imposible. Me inunda ese “síndrome del excombatiente”, además con el agravante de sentirme derrotado y acusado por ello. No sé si debí volver, así me destrozara las manos ejerciendo de pinche o me despeará repartiendo propaganda, solo con tal de estar cerca de ti.

En Berlín me sentía libre para poder soñar contigo. Aquí, me pesa tu recuerdo como una losa que me aplasta. Como una lanza que me atraviesa el corazón. En esta ciudad triste y perdedora, en esta facultad de provincias, me siento tratado como un delincuente. Parece que alguien tenía previsto que yo renunciara a irme de “Erasmus” para adjudicar a dedo y por la puerta de atrás la beca a su anterior destinataria. Probarlo ante un tribunal, aunque tuviera razón y hasta documentos que así lo demostraran, se volvería en mi contra. Así va mi pobre país.

He escrito a Jan, sabes quién es. Le he hablado de ti brevemente. Sin respuesta. El pasado domingo, entrando al Patio de los Naranjos de la Catedral, vi a una muchacha que se te parecía, y mucho. Por poco y me acerco y le digo tu nombre. No creas que tu sombra no lo inunda todo. Anteayer, estando en el mostrador de la tienda, cogí boli y papel, y escribí la letra de una canción para ti. La música, como comprenderás-creo que te lo conté-, salió de momento.

También he escrito al CIMO. Si me dieran ocasión de irme sin tener que dar explicaciones a esta caterva de fantasmas de “prestigio internacional” ficticio, lo haría. Temo que su respuesta tarde. Me he vuelto más impaciente que cuando compartíamos clase. Si hubiera sido un poco más reservado...lo mismo y tú venías por casa. O yo no había bajado. Hay un “antes de ti” marcado por sueños vanos que quedan en nada. Espero y deseo que nunca haya un “después”.

Me han dicho que te olvide. Siento no poder atender a esa sugerencia, creo que va a ser imposible. No es que pretenda vivir de ilusiones, es, simple y llanamente que has dejado una huella en mí que es imposible de borrar. Ojalá y hubiera sucedido lo mismo conmigo en ti, aunque a veces pienso que he sido tan insignificante que mucho me temo que ni siquiera contestes a estas líneas. De ser así, no sabes lo mucho que has perdido. No solo millones de abrazos y besos, de achuchones en momentos malos, de alegrías en los momentos buenos. No sabes lo que quieres a alguien hasta que lo pierdes. Eso dicen. Espero que no sea tu caso.

Y retomando a uno de mis cantantes predilectos-solo canta en castellano, sigo pensando que lo hablas , como decimos aquí “en la intimidad”-, estoy decidido a que seas TÚ o no sea ninguna. Kiitos kaikesta Sinun,

2.

“Gavilán o paloma”.

*Jaén, 20 de septiembre de 2004.*

Me he pasado toda la noche sin dormir. Hace meses que no te escribo. Sin duda, recibes mis mensajes en tu cuenta. Mensajes que te cuentan mi nostalgia, mi recuerdo, mi necesidad de saber un porqué. Tú no lo entiendes así. Yo lo tengo que aceptar, ¿qué otra cosa me ha quedado en esta vida, que no sea resignarme? Si hace cuatro años hubiéramos estado juntos tú y yo, desde luego que no me había visto dando tumbos por esos polígonos y esos pueblos de Dios o del Demonio. Ni hubiera venido a esta tierra en un tren abarrotado de futuros guardias civiles, que los había hasta sentados en el suelo. Dice esta gente que Jaén nunca estará bien comunicada con ningún sitio.

Ya no esperas mi carta, como yo tampoco espero tu respuesta. Te esperé , mientras iba despiezándome por esos antros de la mala educación logsiana, donde no se valoran ni el talento, ni el conocimiento, ni las buenas formas, ni el esfuerzo. O, al menos, no los he percibido. Ahora me espera otro sitio igual, eso creo. De pensar en que vuelva a caer en un sitio en el que pueda temer por mi vida, como el último, y a sentirme ignorado como el que más, no concilio el sueño.

Me refugié en tu recuerdo. Y, no siendo esto ni bueno, ni malo, lo peor que hice, fue no poder callármelo. Quería ser un gavilán, demostrar mi fuerza, mi capacidad, el hecho de ser como los demás, si no mucho más, confiando en que un día te acordarías de mí, que al final, muchos supieron de tu existencia, y al mismo tiempo, de la montaña de ilusiones que se había generado dentro de mi cabeza. Tú eras mi “Mesías” con forma y nombre de mujer, y, sin embargo, lo único que yo iba demostrando , era ser una paloma. Una persona que, sí, podía volar mucho, pero su carne tierna, su pico y patas débiles le incapacitaban para poder reaccionar. Para poder defenderse y luchar. Y además, una especie cazable, siempre abatible, cuando no molesta y exterminable.

De nada te culpo. Si acaso, que, al menos me hubieras dicho una sola vez, que no querías saber nada de mí. El que calla, otorga. Eso decimos aquí. Poco o nada te importará, lo sé y si no, casi que me lo puedo imaginar, pero el verano pasado, aún en Alhaurín, escribí unos versos describiendo, en un lenguaje poético, de naufragos y desiertos, mi travesía de estos últimos años. Una vez los concluí, aparte concursos y editoriales-tengo todo imposible sin un enchufe o un carnet-, pensé traducirlos y mandártelos por correo, aunque sepa que van a la papelera, si no a una destructora. Tal vez no merezca mucho más. ¿Y tú?

A veces pienso que solo fuiste un espejismo. Precioso, pero espejismo. Y quizá no eres mucho más, por lo cual, no creas que no me entristezco. También es verdad que uno solo tiene lo que se va labrando. No te deseo nada malo, solo que algún día, si te ves en un apuro y no sabes a quién recurrir, te acuerdes de mí y pienses en lo que pudo haber sido y nunca será. Gracias.

3.

Recuerdo crónico.

*Jaén, junio de 2010.*

La casualidad me vuelve a traer a estas tierras de olivos y sierras. Un amigo-uno de los que sabe de tu existencia- oposita aquí y me he ofrecido a traerle como chófer. Otro, más reciente, se ha ofrecido a mostrarme los montes y gargantas que ha hecho el río Quebrajano. A ti, como a quien oye llover. Sé que no significo nada para ti, y si algo soy, es por pura casualidad. No puedo decir lo mismo y lo sabes aunque prefieras ignorarlo.

Sabía que no podías estar tan lejos. Internet me dio una pista sobre ti. Ya nada puedo pretender, si no es recrearte como modelo de alguno de mis muchos personajes femeninos, que siguen saliendo bastante fallidos. Como estatuas de bronce rotas a la vez que el molde que las engendró. Como mármoles quebradizos cuando apenas ha entrado en acción el escoplo. No te gusta ser mi musa, tal vez ni lo sepas, pero tu recuerdo y tu evolución- eres rica, elegante, vives muy bien, viajas mucho, quizá lo merezcas- y la negativa de ...tantas, me llevan a elegirte.

No desentonas con alguna de mis heroínas de papel. Aunque las tiradas sean muy limitadas y se reduzcan al círculo familiar, a algunos amigos y poco más. Al final, edité mi poemario inspirado en ti, y hasta tengo otro en mente. Pero, ni uno lo presenté, ni otro lo he acabado. Además, no sé si sabes que estamos en crisis, por más que pienso que tú, eso, como tantas otras realidades, ni las sientes, ni las padeces. Cuéntamelo a mí, más que te he escrito, escribí, y quién sabe si escribiré, y, ni un "hola, ¿cómo estás?"

Hace siete años, cuando aún me ilusionaba por verte a mi vera, no podía ni imaginar que pudieras llegar hasta el día de hoy en mi mente. No sé por qué no apareces en fotografías, siendo quien eres. No sé si te divierte ignorarme, tal vez un día seas tú la ignorada, aunque no creas que lo deseo.

Hace poco soñé contigo. ¿Por qué sueño que hablas castellano prácticamente sin acento, siquiera seseando como muchos de tus paisanos? No imaginaba que una mujer tan brava como para bailarle a cualquier pretendiente en Berlín, pero tan lanzada como para plantarse en la otra punta del mundo -aunque a veces pienso que no todo fue un jardín de rosas- y sobrevivir sin secuelas, fuese tan tímida.

Muchas veces me gustaría conocer tu opinión sobre mí. A lo mejor el que se ha equivocado desde el primer momento, soy yo.

...y sin embargo, apareces en mis recuerdos. Los de un tiempo que no regresará y unos hechos que no ocurrirán. Con todo, tú, como una estatua criselefantina vestida de sedas y tules, eres mi recuerdo crónico. De todos modos, gracias por ser, aunque sea, eso mismo.

4.

“Yo sé que volverás”.

*Castillo, primavera de 2014.*

Hace ya un año que varias ideas, de modo súbito, me hicieron recordarte. Siento no haber tenido fuerza de voluntad para habértelo contado, aún cuando quebrantara esa promesa que me hice a mí mismo la última vez que, por haber soñado contigo-sí, que venías a mi tierra y me encontrabas por casualidad, como *cicerone* de ocasión-, te lo conté vía Internet, sin que me hicieras caso alguno. Como de costumbre. Como no lo ha sido ese recuerdo que me ha acompañado durante el último año.

Fue como recoger piezas de un complicado puzzle en más de tres dimensiones, que me ayudaba a acabar de conocer a la verdadera persona que había detrás de aquella a la que vi hace quince años para, más allá de los pasos que diera en esta vida, cambiar el derrotero que en cualquier momento podía tomar mi existencia. Y con ésta, mi creatividad. No creas que no te tengo que estar agradecido, porque mis escritos podían seguir pudriéndose en un cajón, si no haber terminado en el reciclaje. Porque yo habría tardado mucho más en vencer mi ciberfobia. Porque tú, por el hecho de ser quién y de dónde eres, das un “punto” a mis relatos y versos.

Sin embargo, ahí estás. En otra dimensión. Aceptar que no significaba nada para ti me costó un año hundido en mi propio fracaso. Y he renacido. Una persona muy querida me dijo que “el día que escribas sobre las cosas que te pasan, lo mismo y tienes éxito”. Un medio paisano tuyo –y mío-, a través de un libro, me animó a emprender un proyecto, que, no te creas que no había rondado mi cabeza. Solo me faltaba que alguien me diera las pistas para que aquel relato, -que, por cierto, en mi tierra nadie ha querido valorar-, no fuera “uno de tantos”, sino el embrión de un libro. Un pequeño volumen, que tal vez me autoedite, pues aquí el mecenazgo literario para mi obra, y el interés editorial, han brillado por su ausencia.

Quería contártelo, como tantas otras cosas. Como tanto que has ignorado sobre mí, o, de lo que suponíéndomelo, a veces pienso que te has burlado. ¿Es que , de verdad, tal y como alguna vez he meditado, siendo bella y elegante en las formas, sin embargo, tú no tienes alma?

Me temo que a esta , como a tantas preguntas, no podré darle respuesta. Más de una y de mil veces, me he despertado pensando si , de verdad, merecías tanto tiempo, tanto sentimiento, tanta creatividad, tanta ilusión...para tanto silencio traducible por simple y puro desprecio. ¿De verdad te gustaría que nunca hubiera existido?

¿Crees que tu vida sería la misma? Muchas veces pienso que no.

Igualmente, muchas veces pienso que algo, lo que sea, nos unirá , de un modo o de otro, de nuevo. No quiero ser vidente ni oráculo, pero muchas veces lo pienso. No lo deseo. Más de una vez, personas muy queridas , que conocen nuestra historia ( o no-historia),

me lo han dicho. Y hasta he añadido que será por sorpresa. No creas que alguien con más valor que tú para decirme lo que piensa, no me lo ha dicho.

En el fondo, yo sé que volverás, aún a mi mente. A hacerme crear otra heroína fallida de otro relato impublicado y no premiado ni en el certamen del barrio ni en el del pueblo, aún cuando con la crisis que no se va, ya ni se convocan.

Yo sé que volverás, de un modo o de otro. Tal vez no quieras verlo, ni pensarlo. Volverás a equivocarte, como yo lo he hecho cientos de veces. Como en aquella tarde de mayo en la que eras toda mi ilusión y todo el resto de mi vida dependía de un “sí” tuyo, pero te escudaste. Como tantas otras veces, aún cuando no quieras, ni decírmelo, ni reconocerlo, aún en tu fuero interior, si es que lo tienes o sabes lo que es eso.

Yo sé que volverás, tal vez sea demasiado tarde...y ya no me encuentres.

De todos modos, gracias por ayudarme a poder contar esta historia nuestra, aunque nunca la aceptes como tal.





*El autor, con vista de Castillo de Locubín y su Nava al fondo (abril de 2014).*

**Juan Antonio Muñoz Castillo (Córdoba, 1975), escritor, poeta, profesor de Ciencias Sociales, Geografía e Historia, del I.E.S. “Pablo Rueda” de Castillo de Locubín. De ascendencia castillera, nos abre su corazón con una relación de cuentos que tienen como base una historia real de su pasado y que, durante años ha constituido una fuente muy notable de su inspiración narrativa y poética. Lo que él ha denominado “el síndrome de Finlandia”. Un conjunto de sentimientos y sensaciones que no dejan indiferente al lector, al margen de los cauces “oficiales y oficiosos” de la literatura actual. Una imagen insospechada del profesor rural comprometido de lleno con la promoción de sus alumnos, y que, sin embargo, se nos muestra a su manera, cosmopolita nexo de enlace con realidades y personas diametralmente lejanas a nuestras sierras.**